

Alguien se va lamiendo todo

Habrà llegado el momento de sacarle el espíritu a la botella

Para que Liz me alcance un fósforo y tenga que rozarme con los dedos. O quizá no podamos hacer nada de esto —me refiero a los dedos— porque la botella no tiene ningún espíritu y entonces no habrá nada que decir. Sólo un vacío naciendo del margen de la página hacia el infinito que es un ocho acostado.

Hay que urdir alguna cosa trascendente, pero Liz me interrumpe para criticar la voz de Fito Páez que canta muy alto que todo da vueltas como una gran pelota, y yo ni siquiera lo noto. Olvidé advertir que iba a poner un punto porque atendía a Liz que criticaba algo que ya tampoco recuerdo. El párrafo de este olvido está saliendo más largo de la cuenta, así que voy a terminarlo dentro de un momento, pero en el siguiente presento a mis personajes porque no estoy solo.

Yo, Carlos, Alberto, El Bizco, Yazmín, Liz. Deliberada torpeza: debí presentar primero a las mujeres y a mí por último. De todos modos si se lee al revés estará bien. Liz es como quiera imaginársela, por muchas razones no es necesario imponer este personaje según mis puntos de vista. Sin embargo, me interesa que Yazmín sea vista como alguien un poco atrás. No hace mucho entró en este círculo del tiempo que es la mejor forma del infinito y nos está imitando bastante, el orto día casi muere de una borrachera para dejar constancia de su vacío. El Bizco es bizco aunque no mucho. Durante los primeros ocho meses de su vida sus padres lo criaron obedeciendo a un doctor que tras examinarlo había diagnosticado síndrome de Down. Llega siempre tarde y se pone a dibujar —según él— todo aquello en lo que nunca piensa, todo aquello que jamás le sale de dentro. Ayer pintó un ahorcado orinando la capucha de su verdugo o de un verdugo cualquiera. Lo tituló El cotidiano. Ahora me inclino sobre su hombro, sobre esta línea, y me veo dibujado a medias, sentado, escribiendo frente a un teclado, con una pluma que bien puede ser de ganso atravesada de ojo a ojo. Alberto es largo, aunque breve. Carlos tiene el pelo rojo como una hoguera encendida para ahuyentar piojos o malos pensamientos, se cuelga una argolla al estilo Siouxie Sioux, y le gusta repetir cada dos líneas que esto es una mierda, aunque nunca dice lo que significa 'esto'. Él cree que lo sabemos. Nosotros también. Yo soy idéntico a Liz.

Una vez presentados los personajes voy a contar algo acerca del engranaje que los mueve dentro del círculo...

Aunque por ahora no va a ser posible: están escandalizando justo en esta parte haciendo que el cuento se llene de vacío. Yazmín le grita cualquier cosa a Carlos que enseguida le responde una cosa cualquiera mientras Liz se recuesta haciendo que su cabeza percusione contra la pared mientras nos explica que la Vida es hasí. Todo eso es demasiado obvio (grita Alberto sin pausas), encadenando una serie de frases tejidas en gestos y como punto final la palabra carajo. El Bizco abre la boca para citar lo que Carlos dice cada dos líneas, pero queda suspendido en su mueca de silencio. Acto seguido toma un lápiz para dibujar un recipiente de barro lleno de muchas cosas. Al final de la discusión siguen discutiendo sobre otro tema.

Cuando no se tiene qué contar, se copia. Tomo el libro más antiguo de la civilización más antigua y copio muy pequeño:

Modelando el barro se hacen los recipientes,
Y es su espacio vacío lo que los hace útiles.

Ya he completado cuatro bloques y nada trascendente, nada firme hay en ellos. Mis personajes no me tienen en cuenta dentro de mi propia casa, y cada uno por su lado, según el apagado brillo de cada noche, me impiden la concentración en lo que hago. Luego, de los márgenes hacia el infinito, mis personajes se me trepan al sueño como si fuera una gran caña de bambú que bajo sus pesos se va doblando. Van doblando cada una de mis ramas hasta arañar la tierra fangosa de la noche, que empieza a tragarse mis raíces y luego mi corteza y cuando está llegando al tallo despierto por culpa de Liz que se apea de mi sueño para ir al baño y sentarse en el vater. Pero aun no he quedado dormido y ellos mucho menos. En el pozo lleno de la discusión me han dejado a solas con una botella de ron que me ha hecho olvidar tantas cosas acerca de este cuento que se nos parece tanto. Y sobre esta línea ha llegado el momento de sacarle el espíritu a la botella para que Liz me alcance un fósforo y tenga que rozar mis dedos y quizá acaba de hacerlo pero también lo he olvidado porque le he dedicado a Liz en vano los mejores minutos de mi vida y también olvido poner una coma en el lomo de esta línea para que no vaya a mezclarse una cosa con otra y se haga imposible leer detener el vértigo y Ud. como yo olvide ser paciente hasta el punto final.

De pronto mis personajes se alzan y empiezan a despedirse chao mañana nos vemos. Entonces me enfrento a un hecho posible: por fin la tranquilidad va a devolverme la concentración, y ya se han ido; pero ahora que pensaba nutrir el círculo me fijo en que el cuento no puede seguir sin sus personajes. Se ha quedado vacío hasta mañana. Ahora voy a dejar tres puntos suspensivos: (...)